

Utopías, distopías y amor

Orlando Arroyave Álvarez

El siempre actual, Oscar Wilde, en su revolucionario ensayo, “El alma del hombre bajo el socialismo”, escribió: “(...) un mapamundi en que no figurase la utopía no valdría la pena de ser mirado, pues faltaría en él, el único país en que la Humanidad aterriza a diario (...) El progreso no es más que la realización de la utopía”.¹ Podemos disentir de este aforismo, por su optimismo utópico, pero es cierto que uno de los anhelos más perennes de los hombres es construir sociedades mejoradas, así se transformen luego en infiernos reglados y crueles.

Las revoluciones, que son intentos de poner en práctica utopías, suelen transformar las sociedades en distopías; esto es, en sociedades negativas, indeseables, totalitarias, en las que predominan la domesticación, la esclavitud y los vejámenes a la dignidad humana.

Para el activista y pensador Srećko Horvat,² *las revoluciones han fracasado porque sofocan el deseo y el amor*. Los ejemplos que trae este pensador ilustran esta constante en las revoluciones, ya sean políticas o religiosas: su odio al deseo.

La Revolución de Octubre, la madre de todas las revoluciones del siglo xx, comenzó con la despenalización del aborto, la autorización del divorcio y la abolición de las leyes contra la homosexualidad; pocos años después se restablecieron las leyes contra la homosexualidad y cualquier “perversión sexual”, así como las leyes contra el divorcio. Los psiquiatras oficiales del régimen afirmaban que el sexo era similar al opio. Así como san Agustín argumentaba que una erección hacía que un creyente olvidara a Dios, los psiquiatras revolucionarios sustentaban científicamente que la



Moins de 21 ans, voici votre bulletin de vote (Menores de 21 años, miren su boleta de voto). Serigrafía en rojo

sexualidad era una forma de desviar la lucha de clases. Los debates, antes de la revolución, giraban en torno a las consecuencias funestas del gusto por las flores de algunos revolucionarios: comenzaban oliendo flores y luego se transformaban en terratenientes que se mecían en una hamaca, atendidos por un ejército de criados, mientras leían novelas francesas. El propio Lenin, que promulgó reformas legales que despenalizaban las sexualidades periféricas y que otorgaban derechos a las mujeres, consideraba que el sexo y el amor eran

demasiado burgueses. El verdadero revolucionario debía ser un asceta. Lenin se autorreprochaba el gusto que sentía por escuchar la *Apassionata* de Beethoven; un revolucionario, razonaba, debía ser un “triste asceta”, y tener como único dios su revolución.

Otro comunista y dictador, el albanés Enver Hoxha, prohibió el baile, la música, el teatro, el ballet, entre otras artes burguesas, que él mismo consumía con amor, pues razonaba que estas artes deberían ser disfrutadas y practicadas solo por los que “tienen la mente cuerda”, como los dirigentes que gobernaban el país.

El tirano libio, Muammar el Gaddafi, también prohibió la música. Este dirigente alentó a la población a quemar CD y casetes, tanto de música local como extranjera. Se prohibió a las mujeres cantar. Igual que en los tiempos de los primeros musulmanes del siglo v, este gobierno consideraba los cantos y los instrumentos como manifestaciones de lascivia y pecado. Esta prohibición no impidió que el propio Gaddafi y sus familiares contrataran a cantantes pop norteamericanos para que amenizaran sus fiestas.

La revolución religiosa iraní —que entusiasmó insensatamente a Foucault— cerró los bares, los cabarets, los billares, las piscinas, y prohibió los juegos de cartas y los bailes, pues calificaba a estos entretenimientos de vulgares, propios de gente ignorante, que había olvidado la palabra de Alá. El ayatolá Ruhollah Jomeini, padre de esta revolución teocrática, proponía que las mujeres que se exhibieran en traje de baño fueran desolladas vivas. Su guardia revolucionaria, además de perseguir, golpear o matar infieles, tenía como tarea principal decomisar instrumentos musicales, pues las canciones distraen a los fieles que deberán adorar constantemente a su dios narciso, que espera que lo amen y lo adoren eternamente. Para la revolución iraní, la música promueve el placer y la discordia. En 2014, todavía los guardias revolucionarios lanzaban ácido a las

mujeres por no llevar el velo o usar ropa que se consideraba “inapropiada”. En la actualidad se prohíben los libros de Marx y de Stendhal.

Cada revolución, algunas basadas en el amor (a los pobres, a la humanidad...), tienen sus propias prácticas contra el deseo sexual, la sensualidad y la diversidad. Desde el cristianismo hasta la Revolución francesa, pasando por la Revolución cubana o el régimen de exterminio de Pol Pot en Camboya, cada una de estas revoluciones tiene como enemigo el deseo.

Pero si las revoluciones fracasan por la persecución del deseo sexual, como afirma Horvat, ¿triunfó entonces la Revolución de Mayo de 1968?

En su defensa, al menos este movimiento no se tornó gobierno; fue, a lo sumo, un movimiento que visibilizó las grandes transformaciones culturales sobre derechos sexuales o de género, acontecidas a lo largo del siglo xx. Las sucesivas guerras europeas habían trocado las transformaciones de liberación sexual que ya se habían dado en ciudades como Berlín o París en las primeras décadas de ese siglo.

Para Pier Paolo Pasolini, el moralista social de Europa de los años sesenta y setenta, las revueltas hippies y la Revolución de Mayo de 1968 representaban una adecuación de una generación a nuevas expectativas, propias de una nueva clase de consumidores, y un nuevo capitalismo estaba dispuesto a atender estas demandas. Su pesimismo se reflejaba en su poema a la revolución de 1968: “Sí, en verdad qué hacen los jóvenes”:

*(...) rubiecillos que confunden con perfecta buena fe
la dinamita con su buen esperma (y caminan
con grandes guitarras por calles
falsas como bambalinas, en grupos roñosos);
colegiales
universitarios que ocupan el Aula Magna
reclamando el Poder, en vez de renunciar a él de
una vez por todas;
guerrilleros con sus guerrilleras al flanco*



Mai 68 début d'une lutte prolongée (Mayo del 68, el comienzo de una lucha prolongada). Litografía en color

que han decidido que los negros son como los blancos
(pero acaso no que los blancos son como los negros): todos estos
no preparan otra cosa que la llegada
de un nuevo Dios Exterminador (...)³

Estos jóvenes, “rebeldes enfermos de esnobismo burgués”, según Pasolini, que esperaban “un nuevo Dios Exterminador”, portaban “inocentemente (...) una cruz esvástica”, como símbolo del futuro que se avecinaba. Estos rebeldes no presentían que no eran el poder, así proclamaron que “Nosotros somos el poder”.

El escritor italiano afirmaba que una nueva racionalidad económica, que se extendía por el mundo, destruiría cualquier vestigio de los mundos rurales, populares y casi religiosos, por un consumismo totalitario. A este movimiento lo denominó Pasolini como neocapitalismo.

Sin embargo, a la par que aparecen en las últimas décadas tantas expresiones desesperadas de nihilismo, o nuevos fascismos, que avalaban esta racionalidad económica, de vez en cuando la gente se levanta, en diversas ciudades del mundo como en Teherán, Nueva York, Madrid o Atenas, contra las tiranías de las teocracias como las de Irán, o contra las tiranías financieras de Wall Street.

Esperanzadoramente, en todo el mundo, todavía personas y colectivos se toman en serio la prédica del Movimiento de Mayo de 1968, “Nosotros somos el poder”, para interrogar, derrocar o intervenir en las decisiones más acuciantes de la existencia, superando la “melancolía de izquierdas”, que nombrara Walter Benjamín. La vida política, sin quererlo, se ha convertido en un campo donde se disputan la vida o la muerte; allí se juegan la supervivencia y bienestar de comunidades, o de la humanidad toda. La utopía puede ser una buena brújula para guiar nuestras luchas.

Para Horvat, estos movimientos no perduran, pues falta un enamoramiento, amar con pasión esas causas que nos mueven, por nuestros intereses y los comunitarios, a pesar de nuestra propensión actual por la dispersión y la fugacidad. Para este pensador, la revolución debe tomar como horizonte ético el amor, más allá de la idealización de la pareja romántica, y hacerlo extensivo a los grupos cercanos y la humanidad toda.

Estas luchas deben tener, sin embargo, algunos principios para que no se tornen en nuevas tiranías. En el catálogo propuesto por Michel Foucault (1994) en su texto “Introducción a la vida no fascista”,⁴ hay una serie de principios que deben guiar a los revolucionarios; nombro dos: Uno, frente al “asceta triste” Foucault propone: “No imaginéis que haya que estar triste para ser un militante, aun cuando lo que se combata sea abominable. Es el lazo entre el deseo y la realidad (y no su fuga bajo las formas de la representación) lo que posee fuerza revolucionaria”. Dos, “No te enamoréis del poder”.

Además del amor a las causas que buscan transformar lo intolerable del mundo, nos debe acompañar la lucha agonística constante contra nuestros propios fascismos, que impide que las utopías se tornen en distopías.

Referencias bibliográficas

- 1 Wilde, O. (1981). “El alma del hombre bajo el socialismo”, en: *Obras completas*, Madrid, Aguilar, p. 1299.
- 2 Horvat, S. (2016). *La radicalidad del amor*, Pamplona, Katakarak.
- 3 Pasolini, P.P. (1970). *Teorema*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- 4 Foucault, M. “El antiedipo: una introducción a la vida no-fascista”, recuperado por: Kancyper, L. (1994). “El campo analítico con niños & adolescentes”, en: *Zona Erógena*, 18, pp. 3 y 4.

Orlando Arroyave Álvarez es psicólogo, magíster en Filosofía y doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Antioquía. Ha publicado los libros *Artículos de segunda necesidad* y *Baila Sarah, baila*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.